

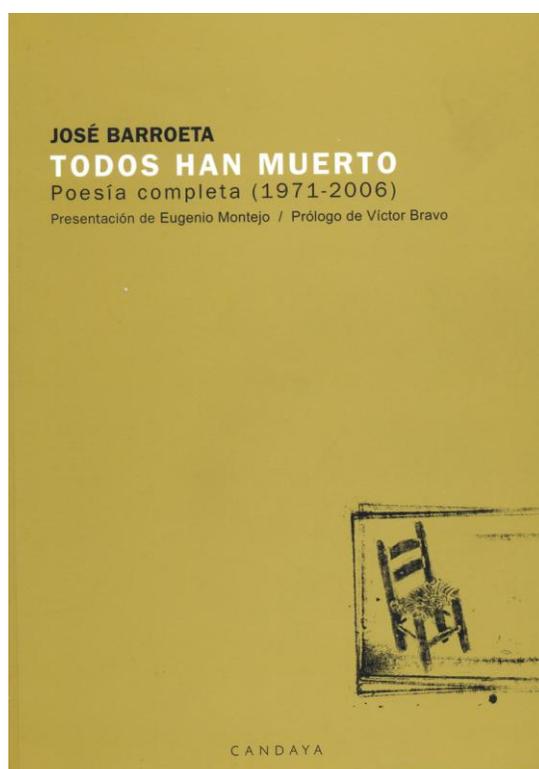
<http://gregoryzambrano.wordpress.com>

## **José Barroeta: el poeta es un dios de pies ligeros**

**Gregory Zambrano**

[José Barroeta, *Todos han muerto. Poesía completa (1971-2006)*

Candaya, Canet de Mar (Barcelona), 2006, 444 p.]



**U**n texto de José (Pepe) Barroeta, titulado *Cartas a la extraña*, publicado en 1972, pregunta: “Qué sabes tú, reina sin edad y sin tiempo del errar al que me someto. Qué de la música que me domina. Qué de la noche donde no ocurre el sueño y el espíritu despierta y fustiga sus muertos sobre la carne./ Ya no quedan para mí colinas ni ciudades. Tu fantasma me conduce, lámpara en

mano, a una tiniebla menos miserable, donde prohibidos los retornos la carne es burlada por la imaginación”. El fragmento es enigmático por la convergencia de un reino de luces y sombras, donde algo que se busca parece alejarse, donde el sueño y la vigilia cruzan sus fronteras y una atmósfera fantasmal teje un hilo finísimo que ata el deseo a la muerte. Éste es sólo un ejemplo de cómo el mito del hacedor de cantos se extravía en su búsqueda de la luz, de la palabra, del canto. Es Orfeo negado ante la pérdida definitiva de la amada. Es la búsqueda de una segunda oportunidad para la vida, pero que resulta inútil ante lo inevitable del destino.

La propuesta poética de José Barroeta es una larga reescritura de la nostalgia y la muerte como signos de permanencia. La dicotomía vida/muerte construye una genealogía de nombres: Néstor, el padre, Néstor, el hijo, alfa y omega. La muerte figurada teje una filigrana que atraviesa los puntos nodales de la obra. Hay aquí también una asunción, consciente o inconsciente, de la tradición poética venezolana: “Adiós a la patria”, de Rafael María Baralt, “Canto fúnebre” de José Antonio Maitín, “Vuelta a la patria” de Pérez Bonalde, que en el siglo XIX estarían señalando el apego a una melancolía retórica en la que se sustentó el romanticismo venezolano.

En *Culpas de juglar*, libro hondo y doloroso, resume los entreactos, las pequeñas victorias contra los avatares de lo cotidiano y de los grandes proyectos truncos de vida. Para nombrar la caída: *culpas de juglar* es una apoteosis de lo que está por verse, por vivirse. En este libro no es ya un poema sino todo el conjunto donde un nombre plena la genealogía: abuelo, padre, hijo, todos atados inevitablemente a la fuerza indestructible del destino. Vivencia concreta de los sentidos ocultos del mundo que el poeta logra revelar (re-velar), con su manera única de percibirse en el sueño, la vigilia, el goce, el dolor, la risa, el llanto. Todo lo que necesita y busca para reconstituirse en el camino, lo hallamos en esta gran alforja donde siempre pasa un río, donde llueve y el poeta logra ver en su yo interior, dolorosamente. Quizás por esta razón, José Barroeta puntualiza elementos esenciales y criterios específicos que nos podrían conducir a la poética implícita de sus versos, y que él mismo había señalado en el breve texto que introduce la *Antología poética* que

editara Fundarte en 1985: "En mi obra es fácil observar el uso de diversos lenguajes, siempre unidos o vinculados por un lirismo espontáneo, por una aceptación del universo íntimo, en el que las sombras domésticas se multiplican y abordan los temas de la muerte, el amor y en un tiempo último, los variados rostros o confines que surgen del encuentro de lo vivencial, de una realidad en la que ser huésped supone rebelarse contra la idea de azar y situarse en otras regiones en las que todo acto prodigioso es humo, revés de una historia de iluminaciones que ceden paso a la miseria" (José Barroeta, *Antología*, Caracas, Fundarte, 1985, p.5).

Sin duda que una experiencia de vida intensa, a veces en el filo de la renuncia, nos sitúan frente a una sensibilidad que choca con la dureza de la realidad, que se evade también como acto de creación, donde el enunciador se desdobra y se asume vitalmente creador junto a la sombra de la muerte.

Los últimos meses de vida de Pepe Barroeta estuvieron jalonados por la rigurosa aplicación de un tratamiento médico para aliviar su enfermedad, el cáncer. Estuvo también inmerso en la revisión de su último poemario, *Elegías y olvidos* que integraría su obra poética completa, publicada con el título de *Todos han muerto* (Barcelona, Candaya, 2006). Esta obra se puede reconocer como la posdata a una vida y una obra llena de vicisitudes. Ya no es un libro premonitorio sino una despedida de sus familiares y amigos, sus reinos afectivos. Poemas como "Canto a Isabel", "A una hija" o "Diómedes", poseen una médula entrañable, soslayan el dolor y la inminencia del fin. Ahora parece que todas aquellas evocaciones a la muerte, el reto y la porfía frente a ella, se liberan de ataduras. Dedicado a sus nietas Rossana, Daniela y Paula, tiene un pórtico en el que se funden las "memorias de la tierra y cielo". El poema que abre el conjunto, "Origen y condena" marca el "alfa" del nacimiento, prefigura el destino incierto. Hay un presagio que se anuncia en el poema "Emilia", homenaje a la madre y a sus ancestros: "mi madre Emilia Paolini, nieta de un italiano aventado por hambre y destino/ de la isla de Elba a los valles calientes de Trujillo". Juego de biografía afectiva en torno a aquel inesperado navegante que fundó una estirpe, "murió de cáncer y está enterrado bajo la sombra de un higuerón".

El velo de la muerte, atmósfera fantasmal de toda su obra, se hace patente en un poema como “Bocetos” donde una animada comarca de muertos “viven” en los oficios cotidianos bajo tierra, montan a caballo, “atropellan rebaños, portales, sembradíos, cabalgan epitafios”. Así, con un profundo tono resignado, asume a su pueblo como una lápida. Con su palabra decidida ocupa los espacios de la certeza, escribe desesperados epitafios y se guarda para volver a la tierra de su infancia. Por ello, la tierra natal, Pampanito, orbita en sus dudas, y le responde con el poder enigmático de la noche.

Poemas como “Memorial de un carpintero”, sintetizan el homenaje a los fabuladores populares. En este caso, de manera especial a Eleuterio Castellanos. Personaje lleno de asombros que se fabricó su propio ataúd a la medida, que leía y a su manera narraba los episodios de la *Divina Comedia*, de la guerra de Troya, y sabía muchos poemas de memoria ¿No iba a resultar sorprendente para un niño campesino ese personaje que ante sus ojos moría y renacía cada mañana? En *Vagancia city* convergen antiguas añoranzas. Es un conjunto de textos donde el lirismo juega a construir un caos poético. “Me cuesta bajar el poema del aire/ allí donde me hundo con el plumaje vertical de las palabras”. Son poemas postergados, esbozados en los primeros hallazgos de su propia voz, por allá en la década de los años setenta. Con este conjunto parece que Pepe respondiera a aquella pregunta de Víctor Valera Mora, el juglar rebelde de su generación quien se dirigía a Pepe, el más frenético, y le preguntaba por su libro *Vagancia City*, “cómo me gusta complicar a mis amigos, los vivo nombrando, el diablo no me llevará a mí solo”. Entonces, el poeta hace el pacto de fe con los amigos ausentes –Caupolicán Ovalles, José Lira Sosa- en la atmósfera surrealista de una guerrillas de palabras que cierran un pacto con los afectos.

Un último grupo de poemas, titulado “Ítaca queda en mis zapatos”, concentra en sus recurrencias todo el libro. La sombra de la muerte ya no sólo acecha sino que se evidencia en la carnadura de la enfermedad, vuelve a los amigos y al solaz de un paisaje que es sólo memoria. *Elegías y olvido* está llenos de señales que preparan el equipaje para el largo viaje; por ello la distancia es mensurable, el

punto de llegada, la añorada Ítaca se encuentra al alcance de las manos y los pies. El lenguaje se suspende con silencios, con dignidad, el cuerpo se resiste a seguir la marcha. La experiencia de la enfermedad forma parte de ese universo de palabras acrisoladas. Ítaca viene con el sueño, su lejanía es la razón de un deseo postergado. El poeta finalmente libra el último combate, la oscura garra lo derrota.

[Publicado en *Guaragua* (Barcelona-España), núm. 23, febrero 2007, pp. 186-189].